

Ernesto Montenegro.

MI TIO VENTURA (*)

TAMBIEN en días de invierno, siempre que amanezca despejado, el tío Ventura viene a sentarse en el viejo sillón de paja del corredor, y ahí se queda, horas de horas, ensimismado, afirmando la barbilla en las manos anudadas sobre el puño de su garrote. Sus ojos ciegos, de un azul de mezclilla muy lavada, miran sin pestañear al sol que asoma por encima del tejado de la iglesia. Permanece así por un buen rato, con la mirada fija en lo alto, como en espera de que este calorcillo que le cosquillea la cara venga a fundir las telas que le cubren los ojos. Poco a poco el viejecito se anima; la tibieza de este sol de invierno hace que corra más flúida la sangre en sus venas nudosas; sus flacas piernas, que se retorcían una en torno de la otra bajo el poncho, comienzan un bailoteo vivaracho, y hasta su bastón parece brincarle entre los dedos, en tanto que su voz cascada y temblona va salmodiando uno de esos romances picarescos con que entretiene sus horas de vigilia. De tarde en tarde saca su bolsa tabaquera, tuerce un cigarrillo de hoja, y después de encenderlo levanta el fósforo a la altura de los ojos para quedarse mirando la llamita hasta que le chamusca los dedos.

Viene haciendo esto mismo, según creo, desde que se quedó ciego, cuando era ya hombre maduro, hará cosa de cuarenta años o más. Es una costumbre tan arraigada en él ésta de acercarse la llama del fósforo a las niñas de los ojos, que sus dedos han criado una costra encallecida, insensible.

—¿Alcanza a ver algo ahora, tío Ventura? ¿Son muchas las ganas de ver que tiene? le preguntamos en coro.

—No vislumbro ni así tantito, responde juntando sus gruesas uñas encorvadas. Suspira como canturreando y agrega: Pero más vale así; me parece que si alcanzara a columbrar siquiera un hilito de luz, me moría de gusto, hijitos.

(*) Introducción a un libro de cuentos populares.

Es un tío-abuelo materno, que viene a pasar sus temporadas con nosotros. Todos los hombrecitos de la familia nacimos años y años después de que él perdiera la vista, y, sin embargo, siempre nos reconoció de lejos nada más que por la voz, como algo que para él tuviera una fisonomía, estatura, color. A veces, con travesura de muchachos, procurábamos confundirle alterando el tono del habla, pero él nos distinguía a cada uno como bajo un disfraz transparente. Más tarde se quedó algo sordo, «por culpa de un aire colado», y entonces la mano reemplazó al oído.

Llegamos junto a él en la punta de los pies, por un refinamiento de precaución, y le pasamos la mano. El la toma con dos dedos solamente, pasa las yemas a lo largo del dorso, hasta la muñeca, y dice un nombre que no yerra jamás. El tacto de esos dedos encallecidos, que no sienten la vecindad de la brasa del fósforo, se ha afinado como si fuera un instrumento de precisión. A veces la mano que se le ofrece se halla vendada a consecuencia de un descalabro, y entonces el tío Ventura levanta la suya hasta la cara del recién llegado, y con un solo pase por el ángulo de la mandíbula lo identifica tan claramente como si lo estuviera viendo en un retrato de cuerpo entero. Cuando años más tarde he oído contar de un célebre naturalista que se jactaba de poder reconstruir un animal antediluviano con que le presentaran el hueso de la quijada, he pensado que el tal nunca llevó a cabo hazaña tan patente como la que veíamos realizar a cada rato sin alarde alguno al tío Ventura. Toda la parentela viene a saludarle de este modo; más tarde son los vecinos y aun suelen llegar antiguos conocidos de lugares distantes, a los que no *veía* desde mucho tiempo, años tal vez.

—Ah, éste no puede ser otro que mi don Jesús María, que Dios guarde! dice muy ufano apenas tiene al visitante al alcance de sus dedos. Tantos años sin tenerle por estos lados. Y ¿qué es de Misiá Tomasita, esa gran señora?

—La pobre falta desde el año antepasado, don Bencho, dice apagándose la otra voz.

El bueno de Buenaventura Lobo se queda cortado por un momento: un nublado de tristeza le oscurece el semblante y su cuerpecillo se agacha como si también sintiera ese llamado urgente de la tierra. Pero su natural animoso se repone pronto, y dice, aunque con la voz todavía quebrantada:

—Vaya, que Dios la tenga en su santo reino, señor. Y con lo joven que estaba todavía.

—No tánto, amigo, iba para los sesenta y cuatro, la pobre.

—¿Cómo dice, don Jesús María? (*con brusca animación*)

usted la confunde con la hermana de la finada, doña Flavia, que cumplió los sesenta y tres el 23 de Junio, víspera de San Juan. Pero doña Tomasa no nació hasta el día del Tránsito, después de la Seca, un año, un mes y veinticuatro días más tarde. Desde hoy mismo le voy a rezar un rosario todas las noches.

Se despiden con muchas demostraciones de aprecio. Algo pasa de una mano a otra; pero la del tío Ventura es tan diestra como la otra es discreta. Así es también la memoria del viejo: en el pasado remoto, donde uno esperaría verle ir a tuestas, él señala una fecha certera, precisa, como si el sol que alumbró la primera mitad de su vida siguiera iluminando los contornos netos de aquellos sucesos. De sus hijos y nietos, y de todos nosotros, él recuerda al punto la fecha, el día de la semana y hasta la hora de nacimiento de cada uno, junto con los acontecimientos locales de la época.

—Fué un 4 de Octubre, día de mi padre San Francisco. Pusieron la primera piedra de la capilla ese año. Las heladas fueron muy grandes, hasta Noviembre; las viñas quedaron hechas una compasión; pero las sandillas se dieron así de hermosas.

La misma cronología infalible se aplica a algunos objetos, si tal puede llamarse su palo, por ejemplo, que ya era un instrumento dócil bajo su mano mucho antes de que ninguno de nosotros aprendiera a dar paso.

—Me lo trajo del Norte un entonado de mi comadre Bernardita, (que es, también, su hermana), el año 82, dice acariciando el puño de su bastón, que parece una cabecita calva, cargada de experiencia. Es (dice mi prima, que acaba de salir de la Escuela Normal) como el apéndice nasal del elefante de Cuvier... de Cuvier o tal vez de Buffon, que se hubiera aprendido de memoria todos los altibajos del camino y que hasta sospecha dónde hay exceso de humedad. Es, en suma, un palo tan fiel y tan inteligente como un perro, que a veces se irrita por su amo y suele caer de improviso sobre el imprudente que lo provoca.

Tras una de estas excursiones por el pasado, el tío Ventura y su garrote vuelven a sumirse en un bien ganado reposo, el uno sirviendo de soporte a la barbilla del otro. Pronto sale a relucir la bolsa tabaquera (los bordados de lentejuela, que él no alcanzó a ver, pero que encuentra primorosos, son obra de su nieta Carmen) y el ciego se pone a paladear la hoja picante y aromática del maíz. Su boca desdentada engulle con delicia este manjar de humo que no exige una trabajosa masticación.

Y mientras la pequeña linterna de su cigarro persigue por dentro las imágenes que anidan en los recovecos oscuros de su

memoria, nosotros le rodeamos pedigüños en espera de un chascarro que sea como un tente-en-pie hasta el cuento de esta noche. El nos siente en derredor, y tan pronto como ha oído la voz de cada uno podría señalarnos con su palo y pasar lista al corro entero. Nosotros le observamos sin cansarnos, con la curiosidad glotona del niño, en tanto que sus ojos entornados parecen perseguir un cabo suelto en la madeja revuelta que deben de ser sus recuerdos. Pero no hay tal; todo es mencionarle las primeras palabras de una historia para que el resto corra sin tropiezos, sin una falla, como devanándose de un carretel que rueda `cuesta abajo...

A contar para saber
y saber para contar:
pan y harina
pa las Capuchinas;
son poquitas y bailan bien
y se arriman al malambo
como moscas a la miel.
Este es que era.....

No importa cuántas veces le oyera uno esos cuentos—y habría por lo menos un medio centenar de ellos,—cada vez cada frase estará dicha con las mismas palabras, exactamente en el mismo tono, hasta con la mismísima pausa al llegar a cierto punto, en que debíamos intervenir a pesar nuestro con un «¿Y qué pasó entonces?» que le disparábamos de lo alto del círculo de silletas donde nos agazapábamos.

—Espérense, niños, que me ha dado una secazón muy grande al pecho.

Alguien se levanta con sigilo, pasa al comedor y vuelve con un vaso lleno hasta el borde. El tío Ventura lo vacía de un solo trago, hace un gesto agrio como si en la oscuridad del comedor hubiesen sacado por equivocación de la botella del vinagre (pero ya sabemos que es su manera de expresar que el mosto está exquisito) y ahora el cuento prosigue sin contratiempos por un breve espacio. Sólo que el tufillo de la bebida alcanza al fin a los personajes, y aun las mismas damas de la Corte dan en reirse con descaro, y el propio Rey comienza a usar palabras malsonantes, hasta que alguno de los mayores de la familia viene a asomar la cabeza por la puerta que da al corredor con miras de hacer entender moderación a toda esa gente. El tío Ventura oye la reprimenda con una risilla socarrona, refunfuña algo, y de ahí para adelante la narración marcha a tropezones,

con los personajes a la desbandada, para morir al fin en un baluceo ininteligible, mucho antes de que el menor de los tres hermanos haya vencido a la Sierpe y conseguido para él la mano de la Princesa encantada.

Pero justamente hoy el tío Ventura no está con ganas de contar cuentos. Entonando una canción antigua por lo bajo, aparece muy quietecito, con su perfil enjuto, de la papada floja y la color subida, tal un viejo gallo de pelea. Sus ochenta y dos años están escritos como en pergamino con los caracteres menudos y angulosos de sus arrugas, que le cosen la cara sin privar a la piel de una sana coloración, bajo la cual se deja adivinar la afluencia de una sangre todavía cálida apenas una impresión fuerte, ya provenga de un bromista necio, un viejo amigo que llega, o hasta el recuerdo de las mozas de antaño, viene a sacarle de su habitual ensimismamiento. El bigote le cae en hebras finas y tupidas sobre una perilla rala y áspera, mientras que unas guedejas sedosas y muy albas le bajan por detrás de las orejas y rematan en la nuca en una pelusilla tan leve y tan blanca, que da la idea de una espuma de jabón sobre la piel rojiza.

Visto que esta tarde no quiere oír hablar de cuentos, ni siquiera de una broma de Pedro Urdemales o una aventura de San Pedro cuando salió a correr mundo con Nuestro Señor Jesucristo, uno de los chicos regalones quiere saber de boca del tío Ventura cómo fué que se quedó ciego. La historia la conocemos ya por los mayores, por él mismo, pero oírla una vez más es siempre una experiencia agradable.

Fué el año 59, dice el ciego, como si dijera ayer. Nos habían licenciado de la revolución de San Felipe y todavía andaban los ánimos entre acholados y soberbios. Yo era entonces medio lacho, les diré, ¿y no tienta el diablo, pues, que en la chingana de don Angel Silva me voy topando con mi vecino Tomás Morán (Dios tenga perdonado al pobrecito) que estaba también con sus copas y comenzaba a bailarle una cueca con muchas guaras a una pollona que yo conocía. Verle y ocurrírseme cobrarle allí mismo unos cuantos cobres que me debía de unas semillas... ¿no ven que hay días en que uno amanece con toda la mala? Bueno, señor, apenas llegan al fin del primer pie, me cuelo por el medio de la pareja con un vaso de ponche que le ofrecí a mi temple, y después de brindar con ella me encaro con el guapo de Morán .

—Vaya, amigo, comienzo así con una risita—tan bien aporado que lo han de ver con el lazo que anda triendo a los co-

rriones, y no le parece que hubiera sido más bien visto que me pagara la miseria que me debe de cuantoá, vamos a ver?

—Claro que te voy a pagar, zarco entrometío, no más. Al tiro te voy a dar esto a cuenta por lo a tiempo que llegáis! Y sin más, me tira con el vaso que le pasaban para que brindara con la suja aquella. Me acertó medio a medio de la cara, y el vino o la sangre, y el dolor también, no me dejaron ver más. Tampoco sé lo que pasó, con el llanterío de las mujeres y los retos de los hombres. Cuando me sacaron las vendas, como a las tres semanas, lo más bien que podía distinguir algo con el ojo derecho. Me acuerdo de que todas las noches soñaba que recobraba la vista: qué lindo se veía todo otra vez; después, hasta los colores se me confundieron. Ahora hasta cuando miro al sol llego a ver azul-retinto de lo negro de esta escuridá.

—¿Y cómo fué a quedar ciego del todo? majaderea uno de los regalones.

El tío Ventura piensa un poco y luego parece escoger entre todas las explicaciones posibles la que tiene por más natural:

—Fueron unas gotas que me echó el médico en el ojo bueno. Apenas me cayeron dentro, hasta el tino para andar me parece que lo perdí. Llegué a casa a topetones. «¿Qué tienes, Ventura, hombre de Dios?» me dice la pobrecita de la finá Candelaria, tomándome del brazo y llevándome pa dentro. «Me parece que me he puesto ciego de un repente» le digo yo. Y del dolor, y de la rabia también, me corrían las lágrimas del ojo quemado.

Su mujer y dos de sus hijos murieron a lo largo de estos cuarenta años; crecieron sus nietos sin que él llegara a conocerlos más allá de esa especie de caricia furtiva que es el toque de reconocimiento de su mano. Pero su genio es siempre animoso y el buen humor no le falta, mientras que su corazón, enternecido por el propio infortunio, perdió en petulancia lo que ha ganado en simpatía por la desgracia ajena. Nadie como él para contar un caso gracioso con la propia entonación en el habla de los personajes. Pocos tan oportunos para tocar la cuerda sensible bajo la dura corteza campesina:

—Tampoco olvido en mis rezos al finado Tomás, hijito, le dice como al pasar a alguno de los sobrinos y herederos de Morán, cuando se paran a saludarle y dejarle algún «engaño» como él llama desdeñosamente a lo que le dan. Los sobrinos le pasan su moneda con el aire contrito de quien paga un legado forzoso, convencidos como están de que no hay otro medio de que su bienhechor acorte sus años de purgatorio.

Esta gracia en el rezar y en el contar es lo que hace al tío Ventura tan bienvisto en los velorios, donde comienza por en-

cabezar los rosarios de quince casas con las mujeres, para terminar espantándoles con sus chascarros el sueño a los hombres a la hora en que el vaso y el mate pasan de mano en mano y las velas comienzan a heder y a apagarse. Apenas oye decir que otro de sus conocidos ha muerto, el tío Ventura anuncia que esa misma noche comenzará a rezarle veinte padrenuestros y veinte avemarías por el descanso de su alma, y así por lo que le resta de vida; pero como estos compromisos parecen haberse acumulado ya con exceso, ha discurrido ir añadiendo una letanía de nombres a los últimos rosarios de cada noche: *Por el ánima bendita de la finá Gregoria, de la finá Cruz, del finao Pedro Juan, de mi compadre Palemón, de la comadre Rosa*; y así hasta que se duerme, allá por las diez. Su único alarde, y tal vez su único desliz de memoria es cuando asegura que no duerme una pestañada semanas enteras y que se pasa rezando hasta el aclarar por sus amigos, parientes y conocidos. En realidad, nos ocurre a veces despertarnos con los ojos humedecidos de sentir entresueños su voz lenta e insegura, entonando las *Alabanzas*:

Ya viené rompiendo l'alba
con la luz del claro día;
alabemos al Señor,
a Jesucristo y Mariía!

Cuando el tiempo está lluvioso el tío Ventura se queda en cama rezando hasta muy entrado el día. Su voz de pecho llega hasta el patio como el rumor apacible y monótono de una olla que ha soltado el hervor. La ceguera ha simplificado su vida interior al igual que sus hábitos, reduciendo sus necesidades y explicando muchas cosas por una simple fe en lo sobrenatural. A semejanza de lo que he podido notar más tarde en el caso prodigioso de Helen Keller, el tío Ventura creía en el milagro cotidiano, en una potencia de justicia distributiva, y era también en consecuencia, y sin explicárselo, religioso y socialista a su manera. Un rincón junto al fuego, un plato de algo caliente y una voz amiga, de cuando en cuando, eran bastante a impedirle caer en cavilaciones morosas, manteniéndole en aquella perfecta gracia epicúrea del viejo de cuerpo vigoroso y alma sencilla que ni desea ni teme a la muerte. Como no tiene suyo más que lo que lleva encima, el mundo no puede distraerle con halagos interesados; y, según parece, la voz sola resulta menos engañosa y más reveladora que el semblante. Por eso la palabra de algunas personas, apenas llegaba a sus tardos oídos, tenía la

virtud de refrescarle la color de la cara y de animar su voz con exclamaciones alborozadas, mientras que en otros casos su sordera era peor que incurable.

—¿Les he contado alguna vez el caso del Jefe de los Cívicos, el mayor Barrera? nos dice un día que se ha presentado uno de esos visitantes importunos. Don Samuel Barrera era un hombre de cara de hacha, con la voz aflautada, áspera como lima. Verán cómo estas cosas se heredan, si está de Dios que el malvado reciba su castigo en este mundo, cuando más no sea en sus hijos. El jefe de los Cívicos, siendo de los Gubernistas, entró a San Felipe con un piquete del Buin, una vez que los andinos bajaron a ayudar a tomarse la plaza. El pobrecito de don José Mercedes Segura estaba entre los *redotados*, además de haber perdido una fortuna en equipar una fuerza. «Búsquenlo hasta por debajo de las piedras!» gritaba don Barrera, echando espumarajo por la boca y revolviendo los ojos, como los que caen con gotacoral. Los de la patrulla llegaron detrás de él a la quinta de don Pío Herrera, primo-hermano de los Segura. «Aquí no hay ni una almita, mi amito lindo» gilibeaba poniendo tamanca jeta una pícara mulata que habían criado en la casa; y al mismo tiempo que se hacía que se limpiaba las lagañas mostraba al parrón con la punta del delantal. Lo bajaron al tiro a punta de lanza, y cuando en la agonía se revolcaba en el suelo, vino el Mayor Barrera como el mismo demonio, le atravesó el carrillo con la espada y le cortó la lengua. Bueno, ¿creerán ustedes que a la pobre señora del comandante Barrera le va naciendo ese mismo año una niña con un costurón tamaño en la boca, y el habla toda estropajosa, como un continuo lamento?

Como el tío Ventura siente que las caras están así de largas, y más de alguno está tragando saliva por temor a una pesadilla esta noche, la velada termina con alguna travesura de su niñez—la de las pepas de sandía, por ejemplo:

—Esas fueron cosas del negro Aniceto, nos advierte en descargo de su conciencia. Nos habíamos entrado los tres con el finado Pedro Juan al sandial de los Gorigoitia; pero resultó que la fruta estaba apenas pintona. «Yo les diré lo que vamos a hacer para no perder el viaje—dice el condenado de Aniceto—vamos a tener una matanza de godos ahora mismo». Mandamos al pobrecito de Pedro Juan por el sable que tenía mi padre en su poder, como celador que era entonces. «A ver, dos de guardia, tráiganme a ese facineroso!» gritaba Aniceto escupiéndose las manos y remangándose el cotón. Le hacíamos rodar a duras penas unas sandillas azotadas del tamaño de un ternero, y ¡ras! zumbaba el sable, y no quedaba más que el

desparramo. «Ahora me toca a mí,—decía yo, tomando el sable a dos manos—arrastrén hasta aquí a ese godo coludo» y, en un-dos-por-tres, dejamos toda aquella fruta verde o a medio madurar hecha un picadillo.

Nosotros nos quedamos mirándonos unos a otros, sin saber si celebrar o lamentar el charqueo de las sandías. No sería más fuerte la impresión si el tío Ventura nos dijera que lo que sangraba por los camellones no eran corazones de sandía, sino los mismos corazones de los Talaveras! Pero él se halla tan metido en sus recuerdos que no siente este silencio, que es casi de reprobación. Con una sonrisa de otros tiempos, una sonrisa de niño, continúa:

—A eso de las oraciones volvimos a casa, con la boca seca, rendidos. Para entrar dimos un rodeo y saltamos las tapias del sitio. Con el apuro Aniceto metió el sable en la vaina tal y como estaba, y manda a Pedro Juan que vaya a dejarlo en el rincón, detrás de la cama de mi padre. El «patrón» estaba sentado en el escaño del corredor, sobando un látigo.

—A ver, Pedro Juan, dice, acércate;—¿a dónde han ido tan temprano a las sandillas, niños?

—¿Qué sandillas, padre? Nosotros no sabíamos que tengan sandillas en ninguna parte, señor.

Aniceto se agacha hasta el suelo a hurgarse una espina en la planta del pie; yo y Pedro Juan nos miramos asustados, no tanto por los azotes que vemos venir, como por la sospecha de tener un padre adivino, brujo quién sabe. O si alguien nos había visto entrar o salir del sandial y había venido a decírselo, ¿qué sería de nosotros cuando descubrieran el daño que habíamos hecho? Aniceto se había puesto descolorido como difunto; a mí me ardía la cara de pura confusión; miro a Pedro Juan, que ya soltaba el llanto, y qué voy viendo, adivinen ustedes ¡si no son tres pepas mujas así tamañas que le asomaban por la abertura de la camisa, muy pegadas al pecho!

Los del corro reímos como locos, en el más completo olvido de los rebencazos que debieron seguir, o por eso mismo. Reímos como si el tío Ventura fuera uno de nosotros y se viera todavía en aprietos por culpa de alguna jugada que acabáramos de hacerle. Sólo cuando hemos desahogado bien los pulmones, alguien siente el deseo de saborear los detalles de la escena:

—Aquello no fué nada para lo que nos pasó más tarde, dice el tío Ventura, tocándose una marca serosa sobre el rojo del pescuezo. Lo bueno fué cuando días después, un lunes, lo recuerdo como si fuera ayer, mi padre quiso apartar una pelea a cuchillo que se había formado entre el Mellado y el mayor

de los Terán, que ya estaba debiendo, según se decía, tres o cuatro muertes. Mi padre fué por el sable; ¡pero ni tirando de a dos por banda pudieron nunca despegarlo de la vaina!

—Tío Ventura, ¿había muchos brujos en su tiempo? le pregunta una tarde el *Pito*, uno de los menores de la familia, que es delgadito, del hablar nervioso y atropellado, y que parece gozar con todo lo que da horror y miedo.

—¡Hum! no faltaba por ahí: Atanasio Vargas, por ejemplo. Atanasio se ocupaba en labrar yugos; tomaba toda la semana, desaparecía el sábado en la noche, y el lunes por la mañana tenía toda su obra acabada que era un primor. Lo que hay es que los brujos, en llegando el sábado, entre dos luces, se untan un unto mágico en la cabeza, dejan el cuerpo botado, y se van volando convertidos en chonchón, a juntarse con el diablo y con esos que llaman masones. De mí les diré que nadie me ha podido quitar nunca de la cabeza que fué Atanasio Vargas el que me hizo la broma del Empelotao.

(El círculo se estrecha en torno al brasero; los más chicos miran de soslayo al rincón oscuro del cuarto. La noche llega, pero nadie se acuerda de ir por la lámpara. El narrador prosigue después de aclarar la voz con un vasito de ponche anisado algo cabezón).

—Fué la última vez que me metí con *táures*. Yo era ya guanita, y les diré que me gustaba la baraja que era una temeridá. Nos habíamos entretenido hasta tarde en un partido de monte en la Cancha de Gallos de los Rozas, y yo tenía que atravesar la hacienda para llegar temprano a mi trabajo. Lo peor es que acababa de perder en dos jugadas una peseta reyuna que mi madre me había dado para que le mandara hacer unas caravanas a mi hermana Cruz. Como había luna llena, me había ido quedando, quedando, en espera de que alguien me diera barato para tentar la suerte otra vez, y era pasada la medianoche cuando salí. La luna estaba como la mitad del día. Paso el potrillo; paso el estero ¡no se veía un alma! nada más que los quiltros que salían a ladrar al camino. Yo voy silbando para acompañarme y pensando en todo lo que tendré que trabajar antes de juntar la plata de los aros, cuando me meto a la gatera para salir al potrero del Medio, que tenía que cruzar. Ya les he dicho que había luna llena; el trigal del potrero, así tan alto: hasta la sombra de las cañitas se veía desde el claro del desagüe. Yo que corto por el caminito, cuando diviso a unos cuatro pasos delante, tendido y en cueros vivos, el cuerpo de un cristiano sin pizca de cabeza, que se meniaba de aquí pallá, como si recién lo hubieran degollado.

«Eh, don! le digo apenas pude sacar el habla—¿a quién se le ocurre ponerse a dormir así y con el sereno que empieza a caer!» Yo le hablaba como se hace con los que han tomado sus copas y tienen el sueño pesado; pero ya iba viendo que no había tal. Por la espalda me subía un hielo que al llegarme a la nuca me engranujó el cuero de la cabeza. Sin hallar qué hacerme, yo me ladeaba de un lado y otro, en procura de ver si le divisaba la cara a aquel cuerpo empelotas, ¡pero qué iba a hallarla nunca! Mordiéndome de puro miedo me agachaba a escarbar buscando una piedra, siquiera una *champita* para tirarle al bulto: un puñado de arena seca era todo lo que se me deshacía entre los dedos, y cuando se lo tiraba, el Empelotao volvía a remecer las cañitas como con burla. No sé cómo junté valor al fin para volver atrás; pasé la gatera y tropezando por aquí y cayendo por allá, alcancé hasta frente al primer rancho de donde me recogieron desvanecido ya con el sol alto.

Un hombre con un brazo metido en el vendaje de un pañuelo de seda carmesí espera desde hace rato en el marco de la puerta. No habíamos reparado casi en él, a pesar de que por momentos apoya el codo con fuerza en el hueco de la mano, y se muerde los labios descoloridos. Pronto debe de haberse interesado tanto él mismo en el misterio que nos apasiona a todos, que solamente al llegar la narración a su fin, el desconocido se adelanta y dice con aire compungido:

—Disculpe, don Bencho, vengo a que me haga la caridá de aliviarme de este brazo que me duele montón desde anoche. El doctor del hospital me lo vendó; pero parece que jué pa pior, no más.

A lo que se ve, tener vista es en muchas importantes materias un asunto baladí; en esto de aliñar huesos, vaya un caso. La mano del compositor trabaja con mayor tino cuando el ojo no está ahí para extraviarla con falsas apariencias o guiños de dolor. Ahora mismo el tío Ventura toma el brazo dislocado y con gran cautela va tanteando los músculos palpitantes, mientras el paciente vuelve la cara del otro lado para no dejar ver las lágrimas. Cuando menos se piensa, los dedos que resbalaban tan suavemente aprietan sus dobles tenazas, al mismo tiempo que el operador da al brazo un brusco tirón de costado. El hombre queda con la boca abierta, sin alcanzar a dar el grito. Y eso es todo. Luego fajan de nuevo el brazo hinchado, aromatizándolo con tabaco y aguardiente (el aliñador aspira la mixtura como aspira el incienso el creyente) y el visitante se despide dejando algunas monedas y muchas promesas de recompensa futura.

—Claudito, hijito, me ruega la voz del tío Ventura por lo bajo; si han quedado unas gotas en el vaso, póngamelas en el café, que paso tan desvelado que hasta la memoria comienza a fallarme.

Nos atropellamos dos o tres por ir en busca de las gotas de aguardiente, pues no valen las advertencias de los mayores cuando están en peligro las facultades del narrador.

En ocasiones nuestra buena disposición para complacerle le hace condescender a contarnos episodios más íntimos de su mocedad, bien que los mayorcitos comprendamos que hay muchas cosas por demás interesantes entre sus recuerdos que él no puede compartir con nosotros.

—En eso de las apariciones, no se me olvida una vez que me habían dejado cuidando un piño de ganado cuyano pal lao de Catemu, comienza con una voz que al salir acolchada en las bocanadas de humo de su cigarro suena cálida y blanda al oído. Una noche, ya tarde, el capataz se enfermó y se fué para las Casas. Yo no era más que un chiquillo que apenas me apuntaba el bocito, con poca experiencia en animales cuyanos, que es ganado que da mucho quehacer. Para mejor el capataz me llevó mi perro Barcino, por miedo a caerse por el camino y quear abandonao.

Algunos de los bueyes estaban tan despeados que no querían ni pararse a tomar agua, y había que ayudarles a levantarse. Otros comen palqui, al que no conocían, o telarañas, y van dejando un hilito de sangre hasta que caen y mueren. Otros se tumban como odres de hinchados, de tanto comer pasto caliente, y no hay más que meterles el cuchillo ahí mesmito para aprovechar el cuero, antes que los perros alzados vengan y los hagan tiras. Esa noche soplaba un sur algo fuerte, que anunciaba helada de fijo, y yo andaba en la última ronda antes de ir a recogerme. Mi caballo amusgaba las orejas en la escuridá, al pasar casi tocando algún buey echado que se despertaba con un resoplido que olía a alfalfa tierna.

(Del corredor llega un grato aroma de azúcar quemada; voces en amigable charla, junto al fuego; y todo esto hace muchísimo más agradable oír contar al tío Ventura de cuando andaba vagando por las quebradas de Catemu, entre bueyes medio salvajes, y sin más compañía que su caballo rabicano).

—Al llegar a la aguada voy descubriendo un buey del asta gacha y de mucho cuerpo que se estiraba ya resollando fuerte. No podía pensar en descuerarlo, cuando no se veían ni las manos; pero no había más que abrirlo y cuidarlo toda la noche.

Hice una buena fogata de maitén, tiré lejos el tripal y puse una buena tira de malotilla en las brasas.

Yo que comienzo a comer muy tranquilamente, cuando un chonchón pasa casi tocándome y se pone a gritar con esa risa burlesca que tienen: *Ja-ja-ja-ja!* ¡Vuelve mañana por sal, molledera! le grito yo, con una palabra más fea. Eso fué lo malo. Si le digo *Sin Dios y sin santa María* no es nada el porrazo que se da el hechicero.

—¿Y volvió?

—Ahora verán. Después de comerme mi asado yo me tiendo a dormir contra el mismo costado del buey, que estaba todavía calientito. Me estaría quedando traspuesto cuando el viento que soplaba del bajo me trae una voz, pero tan de lejos que parecía que me habían dicho en secreto bien junto al oído:

«¡Ventuuraa!»

Yo me enderezo medio entumido y atizando las ramas de maitén, me empino gritando con todo lo que me daban los pulmones:

«¡Al fuegooo!»

(Los niños nos apretamos uno contra otro, hundiendo la cabeza entre los hombros a fin de precavernos contra el relente que caía aquella noche, hace medio siglo, a muchas leguas de aquí. La voz del ciego prosigue más viva en la oscuridad:)

—Lueguito se apareció el capataz mayor, un tal Villagra— el tuerto Villagra—al que le daban fama de brujo. Otra persona quedaba atrás en un caballo negro, con ojos que le chispeaban verdosos a la lumbre del cigarro.

—«¿Cuántos faltan?» me dice don Villagra, muy terco. «Con este van cuatro» le contesto yo, bien seco también.

«Ese que está ahí es don Borjita, el patrón, que va de viaje» me dice el mayordomo señalando para atrás. «Con él hemos contado trece animales muertos, y es seguro que es la fiebre cuyana, porque no hay uno que no esté destroncado y con la baba colgando. Tenís que quemarlos todos, Ventura».

—El caballero revolvió el caballo sin decir una palabra. El mayordomo clavó espuelas para darle *ancance*, y antes de alejarse me miró de soslayo, se rió igual que el chonchón, y me gritó: «¡Eso te pasa pa que no ofendáis a los que van pasando!»

—Y así no más jué, hijitos. De madrugada encontré la tendalá de novillos, de los más lindos. Ya entrado el día el campañisto volvió con las nuevas de que don Borjita había muerto hacía para un mes, cuando volvía con un arreo de la Otra Banda. El mayordomo no podría venir a la aparta, porque el día antes se había quéido del caballo y se habría quebrao una pier-

na, según contaba él. (El campañisto tenía sabío que la resbalá había sido del mojinete de su casa, cuando había trastrocado el conjuro de Carlomagno). Hasta ahora nada me quita a mí que él jué el que anduvo penando en vida con el ánima de don Borjita, y después se cobró en el ganado. Porque—como la finá Petrona decía—«no hay que *creerse* de brujos, aunque tampoco hay que fiarse d'ellos».

Es ya algo tarde, pero como nos queda sonando el nombre de esa Petrona, no falta quién pregunte, afectando cierta indiferencia:

—¿Sería ésa, por casualidad, la mentada doña Petronila Salinas?

—Por cierto, ¿no les he dicho? Si hasta pariente de ustedes era, por parte de su abuelo paterno, el finado Juan de Dios. (Este Juan de Dios y sus once hermanos menores tomaron el apellido de su difunta madre en protesta contra su padre por haberles dado madrastra, nos advierte con un ligero paréntesis en la voz el narrador. Cuando el abuelo Juan de Dios estaba con la cabeza despejada era un hombre terco y avaro, de esos que no fuman por no botar el pucho; pero Dios nos libre que anduviera con sus copas, porque entonces tiraba los pesos fuertes como cinco y dieces en un bautizo). La Petrona había heredado todas las tierras que van de la Puntilla de los Salinas hasta el Callejón de La Troya; pero como le gustaba regar el gznate antes que las siembras, bien poco fué lo que les dejó a sus sobrinos. Al llegar la víspera del Dieciocho la Petrona se iba al pueblo a vender otra cuadra de tierra o una vaca. (La cuadra de tierra de lo mejor valía veinticinco pesos, y la vaca tenía que ser una señora vaca para que dieran otro tanto por ella). El día dieciocho temprano la Petrona se echaba mucho afeite y solimán, montaba a caballo sin medias, pero con una espuela en el pie de la estribera, y salía para las ramadas. Si estaba de buen humor, llegaba festejando a la gente con un lebrillo de ponche; pero si andaba con el capricho, atracaba su alazán a la vara, y mandaba: «A ver, que me bañen en ponche el caballo!»

—Una vez, la Petrona va encontrándose en las fondas con Longo Toro, prosigue el tío Ventura, ya resignado a completar la cadena tradicional de sus recuerdos. (Algunos tomarán este episodio por increíble, pero será únicamente porque no tuvieron la suerte de oírsele a él, en vez de recibirlo ahora de segunda mano). Longo tenía ya más de setenta años cuando el narrador lo conoció, pero así y todo tumbaba un nóvillo de a pie, echándole un peal de «codo vuelto». Verdad que el hombre tenía

las espaldas tan anchas como un buey, y la nariz tan abultada y partida en tres pedazos, que más propiamente podía decirse, atendiendo al tamaño, que eran tres narices en una. Hasta los niños que estaban ya mudando se dormían asustados si les decían: «Ahí viene Longo Toro».

Si Longo estaba de humor, uno podía pasar un buen rato pagándole tragos a cambio de una de sus diabluras: que mordiera a una mula en el codillo, pongamos por caso. Había que verlo cómo se acercaba tan pajitas a la mula más arisca o al macho más cosquilloso, le tiraba la manta a la cabeza, y se le entraba por detrás, gateando. Y cuando uno se aprontaba a ver volar en astillas la cabeza de Longo Toro, era el macho el que salía gimiendo y pateando al aire, mientras Longo se quedaba con la cara al suelo, muerto de la risa, dejando que zumbaran por encima las pezuñas de la bestia.

—Pero en este Dieciocho de que les hablo, Longo entra a la fonda muy provocativo, dándose de cabeza contra el mesón: «O me la hacen con un lebrillo de ponche, o me vuelvo toro!» Los hombres se ríen, pero le esquivan el cuerpo; las mujeres, más alharaquientas, corren a esconderse, dando chillidos. No queda más que la Petrona, que se enfrenta con Longo, y le grita: «Y a mí qué me importa que te volváis el mismo demonio, viejo asqueroso?»

Longo se mete al corral y ligerito sale convertido en novillo montés, echándose tierra al lomo, bosteando y bufando que da miedo. Pero la Petrona, como si tal cosa, se pone a llamar a los mirones: «Ustedes, hombres, no sean *impávidos*; alcáncenme esa picana con garrocha que hay afirmada contra la quinchita de esa carreta!» Ella misma va por último a tomarla y se viene derecho para aquel toro bravo de hombre: «Ah, buey! ah buey! le dice mientras le va hundiendo el aguijón hasta que la sangre salta a borbotones. No pára hasta que Longo se mete al corral y se le pierde entre un piño. Al otro día vienen a decir que Longo amaneció tendido del otro lado de la pirca, tamaño de hinchado y hecho un sanlázaro. Quedó muy cambiado; ya no amenazaba con volverse toro; hasta tartamudo dicen que se puso.

—¿Fué entonces cuando murió?

—No, eso fué cuando le vinieron a decir a la Petrona que un burro se le entraba todas las noches al sitio y le hacía sambar-dos. Al fin se descubrió que era un burro garañón, pero casi tan grande como un caballo. Contra ná trataban de atajarlo; daba un rebuzno, agachaba la cabeza, y no había lazo ni *cabresto* que aguantara. Hasta que un día cuentan que el Quema-

do le dijo a la Petrona: «Vea, doña, cuánto me paga si se lo pillo al animalito ése?» «Bah, lo que me pidáis te doy, con tal de que me lo entreguís en el suelo», dicen que le contestó la Petrona. Convinieron en dos pesos en plata y una cuarta de chicha de uva moscatel. Esa misma noche el Quemado trenzó un lazo de totora, hizo la armada con la mano izquierda, y se fué a esperar en el portillo de la chacra, rezando un Credo al revés. Ahí mismo pescaron a Longo y me lo *arreglaron*. Al otro día amaneció muerto en su cama: se había ido en sangre, como se vió por las goteras que iban de la chacra hasta el rancho.

La lámpara da también sus últimas boqueadas. Un gallo canta las once. Con un largo bostezo, coreamos:

—Buenas noches, tío Ventura.

—Buenas noches, yo rezaré por ustedes, pobrecitos.

Hoy salió en la conversación el nombre de la Plazuela de don Blas Mardones, que queda a la salida del pueblo, como todo el mundo sabe. Pues bien, esto que a nosotros apenas nos recuerda uno que otro matalón que vimos muriéndose de hambre, tendido en la basura, es nada menos que un sitio histórico que al tío Ventura le recuerda los tiempos en que sacaban a los condenados de la cárcel para fusilarlos en un lugar público.

—Me acuerdo de un reo que ajusticiaron el año 65, por Semana Santa, dice. No hubo medio de hacerle confesar la muerte de su mujer, a la que otros decían que le había dado veneno a pedido de ella misma, por saberla enferma incurable. El caso es que el hombre se emperró en negar y ni de confesión quiso oír. Al sentarse en el banquillo, que estaba contra la pared en el rincón de la plazuela, le vimos volver la cara del otro lado cuando el padre vino a ofrecerle el crucifijo para que se reconciliara. Respiró como si viniera muy rendido, se acomodó en el banco, y dijo: «Tánta gente ociosa, nada más que por ver morir a un inocente!» Y tomando el pañuelo que le pasaban para que él mismo se vendara la vista, se limpió con él el sudor, lo arrolló y lo tiró con rabia por encima de la barda. Un pañuelo que no volvió a aparecer nunca fué ése. Algunos dijeron que lo habían visto subir volando en un remolino.

Cuando nos siente callados y mohinos, alguna anécdota ligera viene a devolvernos el buen humor.

—¿Cómo fué la escapada del fraile, tío Ventura?

Recordamos vagamente que fué en esa misma Plazuela. Azotaban en público a algunos reos, de acuerdo con la piadosa costumbre de Zañartu y de Portales, cuando acertó a pasar por ahí un fraile que no pudo reprimir su protesta: «¡Qué *indolen-*

cia!—dijo levantando los brazos al cielo—tratar al prójimo como a fieras salvadas!»

—El jefe del piquete era el tiznao Apablaza. Un genio como la pólvora. «Ya verís, mocho insolente—le respondió—lo que te va a pasar por venir a ponerle peros a la ley. A ver, dos de guardia, atájenme a ese fraile para darle una docena a cuero pelado!» Su Paternidá se arremangó los hábitos, y patitas pa qué te quiero no paró hasta enfrentar la Calle Real. Los soldadillos taloneando y riéndose detrás del padre, y éste, con tamaños ojos, que se le volaban las sotanas corriendo alameda abajo.

Nuestras carcajadas retumban por los corredores, y reímos, reímos hasta quedar sin aliento, pues por no sé qué capricho de la fantasía, se nos ocurre a todos al mismo tiempo que el fraile que va de arrancada para que no lo azoten en la Plazuela no es otro que el lego del Convento, Fray José, que tanto nos persigue con sus reniegos y cordonazos.

De repente el *Tachuela* sale con esta pregunta, que debió de caer como piedra en un manantial en la memoria apacible del viejo:

—¿Ha estado alguna vez en peligro de muerte, tío Ventura?

El agua se enturbia, pero la piedra toca fondo y todo se aclara de nuevo hasta que la luz vuelve a reflejarse en la superficie, que es la cara del narrador. Con voz pausada, dice:

—Antes de que el tren corriera hasta Valparaíso, mi padre tenía arreos de mulas que traficaban con el Puerto. La primera vez que me llevó con él, tendría yo unos once años. Encima de los cordones de la Costa había un paradero que llamaban la Casa de Tablas, que tenía mala fama, pero no hubo más remedio que alojarse en ella cuando vimos que se nos habían cansado dos mulas. Yo me tendí rendido encima de un fardo de bayeta, y me parecía que recién había cerrado los ojos cuando sentí que daban un portazo, y vi entrar un negro que debía ser un gigante. (Comenzaba a romper el día). Venía el negro cimbrándose y mostrando los dientes. Echó una mirada en contorno, vió que el fardo en que yo me hallaba tendido era el más grande, y sin preocuparse de mí en lo más mínimo me lo quitó de debajo y se lo echó al hombro como jugando. Mi padre se había enderezado en un rincón sin decir nada, teniendo a su perro por el collar. Este perro tenía más cabeza que cuerpo y más hocico que cabeza, y se lo había dejado un caballero extranjero a mi padre. Se llamaba Sertino (?) Al llegar a la puerta, el negrazo se dió media vuelta, y medio riéndose, dijo: «Hasta otra vista, pues, amistá; yo me dejo este bultito de recuerdo, y que les vaya de lo mejó». El, que se vuelve para salir, y mi

padre que le dice por lo bajo al perro: «¡Agárralo!» Ni un ladrido dió siquiera Sertino: le saltó al negro al cogote y me lo trajo redondito al suelo, con fardo y todo. El negro manoteaba para clavarle el cuchillo al animal, pero como éste lo tenía estacado por la nuca, todos los cortes iban en banda. Mi padre trajo un látigo y se dispuso a amarrar al negro, pero el indino, viéndome que me acercaba a ayudarle a mi padre, me largó la navaja al pecho. En ese mismo instante el perro debió adivinar su intención y apretar los colmillos, porque la cuchilla cayó sin fuerzas a un lado. El negro me la juró, lo mismo que a mi padre; pero como era salteador conocido, le dieron el bajo los milicianos antes de llegar con él a Quillota.

Para un hombre que ha visto la muerte de cerca, el tío Ventura tiene un aspecto harto tranquilo. A nosotros nos parece que después de un trance como ése uno quedaría con el pelo tieso para toda la vida, o que no podría reírse jamás nunca. Pero él nó: Por el contrario, suele ocurrirnos encontrarle riéndose solo, a la sordina.

—¿Qué hay, tío Ventura?

—¡Vaya! me estoy acordando de aquel barrabás de Longo Toro y de las jugarretas que se le ocurrían. Figúrense que una vez se le antoja botarse a templado de una rucia muy parada que tocaba el arpa en la chingana de Peralta. Como buen feo que era, Longo andaba fresqueando con todas, y es claro, según pasa con los templados de oficio, unas se reían y otras se enojaban con él. Como la colorina no le hiciera ni pizca de caso, él dice guiñando el ojo: «Güena cosa, tan repolida que me la han de ver!» y ahí delante de todos comienza a tirarle granitos de choclo. A cada grano que le disparaba tamaña bola de viento que se tiraba la pobre. La gente se reía sin disimulo, y a las mujeres parecía que les iban a dar convulsiones. Al fin la rucia se levanta de su piso, llameándole la cara. «Bah, 'eñorita! le dice Longo—cómo es que ha dejado caer el apelativo; pues vea la lindura que se va ejando olvidá en el asiento». Y ahí no más estaba, una docena entera de huevos que había hecho poner a la mujercita el condenaio de Longo Toro.

Y así, como monedas antiguas que uno encuentra al ir hurgando en un rincón, aparecen a lo largo de estas tardes lluviosas otros recuerdos añejos, caras ya tan familiares a fuer de tropezadas en los relatos del ciego, que podríamos jurar que las conocimos de cerca. Nos ocurre con sus personajes lo que a esos paisanos manchegos que ignoran quién fué Cervantes, pero que no vacilan un momento en ir a mostrarnos el camino por donde pasó don Quijote, y hasta las ruinas de la venta donde

se alojara. Hay además gentes de carne y hueso en las historias del tío Ventura que nosotros recordamos mejor que él mismo:

—Ese que usted dice no fué el menor de los Terán, le advertimos con autoridad; debió de ser su hermano Angel Luis.

—Muy cierto, así no más es, responde el viejecillo, agachando la cabeza. Al menor de los Terán le decían Lorencito, aunque llegó a tener siete cuartas de estatura. Pero el otro, el mayor, era la misma *pierna* de Judas. Ni en toda una noche podría contarles todas las fechorías que hizo. Hasta que una tarde se va encontrando con el flaco Estay, que era hombre ya algo viejo, de pocas palabras, pero un rayo pal corvo, decían:

Se fueron por palabras, en una maula que le quiso hacer Terán al otro en la rayuela. Se desafiaron allí en la misma falda del cerro. Pero Terán se le fué a Estay a la mala y lo clavó en el costado antes de que el otro se hubiera acabado de enrollar la manta al brazo. «Me embromaste, perro» fué todo lo que alcanzó a decir Estay; pero como el traicionero se agachara a gozarse en el hipo de la agonía que ya empezaba, el moribundo se enderezó en un codo y le rebanó el pescuezo de un solo tajo. Los velaron ahí mesmito, uno junto al otro, en la esquina de la Piedra del León, sólo que la gente echaba casi todas las limosnas en el platillo de Estay. Algunos ya comenzaban a correr la voz que éste se había vengado después de muerto.

Muy a las perdidas, aparecen en la charla del tío Ventura alusiones a tiempos más remotos todavía, cuando los indios vivían en las serranías, con su lengua y sus costumbres apenas tocadas por lo español. Nos hablaba de las «incuñías» en forma de montecillo, de donde se solía desenterrar restos de los principales de la tribu, sus utensillios y armas. De los entierros de onzas y de plata de cruz, y de los aparecidos que andaban penando a fin de que alguien sacara el tesoro y cortara así la ligadura que les ataba a este mundo. Nos contaba de los *chinos* mineros que bajaban allá por Mayo cada año con sus trajes albos, bailando al son de sus pífanos de caña, el peto adornado con talismanes de plata virgen y la corona de cartón con oro-peles y espejuelos relumbrantes. De corrido se ponía a recitar el tío Ventura los retazos de un romance indiano, con sabor a lengua quichua, que había oído no recordaba dónde, pero que repetía poniendo énfasis en ciertas palabras, como si las entendiera:

Acordáte Pantopi chintori—Ye.

· Aquí vamu yungásera pani—Ye.

Kuari mapori lanka.—Ye.

Mata i mata i mé.
 Santa umé, chiki umé.
 Peña mitaña
 Señor de Dios...
 ¡Santa María!

Con el correr de los años esta memoria antes infalible fué debilitándose por épocas, comenzando a fallar, cosa curiosa, por aquellas historias más conocidas de todos—no aquellas que había recogido a su vez de un tío-abuelo, gran contador de cuentos en su día—sino a olvidarse con mayor frecuencia de las que había aprendido cuando ya era hombre maduro, en las tertulias del velorio, el mingaco y la vendimia, donde se juntaba gente andariega y hasta maleante, aparecida de otras comarcas.

Hasta que llegó un día en que la memoria del tío Ventura se deshizo, como quien dice, en menudos pedazos, cuando su salud se puso tan endeble que le daba fatiga hasta de rezar un rosario en voz alta. Entonces nosotros comenzamos a soplarle los pasajes que se le iban quedando atrás en la narración, los nombres y las fechas que se confundían en su cabeza.

Por último se vió el caso de que los más chicos le contaran sus propias historias, acercándose bien a su oído para que no perdiera nada. Andaba entonces en los noventa y dos años. Si estaba de buenas, comenzábamos a enumerarle sus cuentos, comenzando por los episodios más memorables, que él escuchaba con un aire de incredulidad.

—*¡Te acordáis gallito, cuando...* le decíamos con las propias palabras del cuento del Príncipe Jugador.

Y él, con la barbilla casi tocando el pecho, pasándose la mano por los ojos, como he visto más tarde al Milton del célebre cuadro de Munkacsy, balbuceaba:

—No me acuerdo, hijitos.